

remos á otro la senda de la santidad, si no caminamos por ella nosotros, y si no estamos ya en ella bastante adelantados.

Por lo que toca á vosotros, los que buscáis un guía tal como acabo de describiros, no os hallais en estado de escoger. Dirigíos para esto á Jesucristo y pedidle un hombre segun su corazon. El os lo dará, si deseais sinceramente ser escuchados y os concederá ademas una seguridad interior de que no podreis dudar. No tendreis mas que abrirle entonces vuestro corazon sin reserva, escucharle y obedecerle. Si creéis percibir en él algunos defectos (pues ¿qué santo carece de imperfecciones y en dónde se echan de ver mas que en la direccion?) estad persuadidos de que ó él no los reparó ó se duele de ellos y trabaja en corregirlos. Sufridlos, pues, como un medio para ejercitar mas vuestra virtud; pero esto en nada debilite la confianza y la obediencia que le debeis.

CAPITULO XXIX.

VIDA COMUN DE JESUCRISTO.

UNA de las cosas mas admirables en Jesucristo, y mas opuestas á nuestras ideas, es la vida comun que llevó y que siendo elegida por el mismo Dios es indudablemente la mas perfecta. Nosotros casi no sabemos considerar la santidad sino por lo que tiene de exterior, de sorprendente, de extraordinario. Apenas podemos creer que un hombre sea santo, á menos que no asemebre nuestra imaginacion por su vida solitaria, por sus ayunos, por sus vigiliass, por sus austeridades. Así pensaban los judíos y cuando vieron á Juan que salia del desierto vestido de un cilicio de piel de camello, no viviendo sino de miel silvestre y de insectos, este aparato de penitencia les hizo creer fácilmente que

era profeta y estaban enteramente dispuestos á reconocerle por el Mesías.

Tal es nuestro concepto sobre la santidad. Todo lo que aparece tal por defuera, es en verdad indicio de ella, pero indicio equívoco. Se puede muy bien llevar una vida extraordinariamente austera, y sin embargo no ser santo; y sin llevar semejante vida, se puede ser un gran santo. Lo mas sólido y eminente de la santidad está encerrado en lo interior. Dios solo lo ve y lo juzga: nada perciben de ello los hombres, que no pueden juzgar sino por conjetura, y la mayor parte no se hallan en estado de juzgar en esta parte. Así es como los judíos menospreciaron á Jesucristo; y no viendo en su vida nada que le distinguiese del comun de los hombres, no pudieron resolverse á creer que fuese el Mesías, el Hijo de Dios.

Por espacio de treinta años habia ejercido un oficio mecánico; oculto en una tienda, vivia del trabajo de sus manos, no dando señal alguna de lo que era. Bien es verdad que antes de manifestarse en público habia hecho un ayuno extraordinario de cuarenta dias; pero era en el desierto y nadie lo habia sabido. Cuando empezó á predicar vióse un hombre sencillo y pobremente vestido, pero sin afectacion. Vivía muy frugalmente con sus discípulos; pero no ayunaba: los fariseos le aventajaban en esta parte y los discípulos de Juan se maravillaron y casi escandalizaron de ello, hasta llegar á preguntarle el motivo. Tampoco rehusaba asistir á la mesa de los ricos, ya fariseos ya publicanos, cuando á ello se le invitaba; comia y bebia sin distinguirse en nada. Tampoco se singularizaba por medio de largas oraciones, como los fariseos, á los cuales se lo echaba en cara; y era el primero en practicar lo que recomendaba á los demas, rogar en secreto. Hacíase accesible indistintamente á todo el mundo: su aire, su andar, su conversacion, toda su persona no presentaba sino la sencillez; si se hacia seguir y respetar no era ciertamente por su exterior.

Esta vida sencilla y sin boato era conforme con su espíritu de
El Interior.

humildad: servia como de velo á su santidad y de materia para ejercitar la fe de los que en él creían; sirviéndoles al mismo tiempo de lección la mas instructiva, que les enseñaba á distinguir los verdaderos justos de los falsos, y á no dejarse alucinar por el exterior: esta vida condenaba y confundía el orgullo y la hipocresía de sus enemigos, que imponían al público con vanas apariencias de piedad, mientras que su corazón era presa de las pasiones mas bajas y abominables.

En materia de santidad cada uno debe seguir su afición, y el género de vida á que Dios le llama. Guardémonos mucho de condenar en ciertos santos las penitencias y las prodigiosas austeridades que la gracia les ha hecho practicar. En primer lugar, no debemos admirar en demasía estos piadosos excesos, ni dejar que impresionen extremadamente nuestra fantasía, ni proponernos el imitarlos, ni creer que no seremos santos hasta que los imitemos. En segundo lugar, ora practiquemos ó no grandes mortificaciones corporales, debemos atender principalmente á las virtudes interiores, pues ellas constituyen la esencia de la santidad; y lo restante, no siendo sino un accesorio, puede separarse sin dañar el fondo. En tercer lugar, en cuanto dependiere de nosotros, hemos de preferir la vida comun á todas las demas, á fin de imitar de mas cerca á Jesucristo, conservarnos en la humildad, alejarnos mas del orgullo que ama la singularidad, hacer la virtud amable al prójimo, en vez de retraerle de ella y desalentarle, presentándosela bajo una forma y en unas maneras casi impracticables.

La vida comun se llama así, porque entra en el orden comun de la Providencia, y es compatible con todos los estados en que se divide la sociedad. No exige ni grandes fuerzas corporales, ni auxilios extraordinarios de Dios, ni que nos separemos enteramente del mundo para sepultarnos en un claustro ú ocultarnos en un desierto. La vida comun se hermana maravillosamente con el espíritu de oración, el recogimiento habitual, el desprendimiento de las cosas criadas, la union con Dios, la caridad pa-

ra con el prójimo, las mas sublimes virtudes del cristianismo; y tiene la ventaja de sustraernos á los elogios de los hombres y á las tentaciones de nuestra propia vanidad. En general, las almas interiores son para la vida comun; no se apartan de ella por su voluntad, nada temen tanto como distinguirse con exterioridades, cualesquiera que sean; y si Dios quiere de ellas algo de extraordinario, lo encubren con el mayor cuidado á la vista de los demas.

CAPITULO XXX.

ACOGIDA QUE DA JESUCRISTO Á LOS PECADORES.

JESUCRISTO era la santidad misma. Como Dios, tenia una aversion infinita al pecado; como hombre, aborrecia el pecado, á mas de ser impecable, con todo el odio que podia Dios comunicarle. Vemos sin embargo en el Evangelio que trata á los pecadores con una bondad que nos admira y casi nos escandaliza. Mas pongámonos, como debemos ponernos, en el lugar de estos pecadores y sentiremos la necesidad que tenemos de que se porte así mismo con nosotros, y nuestro escándalo desaparecerá, y seremos mas compasivos é indulgentes con las faltas ajenas.

Para entrar bien en los sentimientos de Jesucristo y para justificarnos plenamente su conducta en esta parte, si fuese necesario, distingamos dos especies de pecadores: los pecadores de debilidad y los pecadores de malicia. Los primeros son aquellos que caen en el pecado, ó de resultas de una mala educacion, ó arrastrados por la violencia de sus pasiones, ó llevados ó seducidos por las circunstancias, ó subyugados por el dominio de la habitud; que casi no reflexionan sobre el mal que cometen ó que le condenan luego despues de pensar en él; que se lo ocultan interiormente; que no buscan cómo excusarlo; que quisie-

ran no haberlo cometido y no cometerlo mas; pero que no tienen la fuerza necesaria para evitarlo. Los segundos son aquellos que meditan, que preparan el pecado en su corazón; que buscan las ocasiones y se aprovechan de ellas, cuando las encuentran, con el mayor placer; que le cometen con toda reflexión; que sofocan los remordimientos; que tratan de justificárselo, ó á lo menos disminuir su gravedad; que se ciegan, que se obstinan, que se endurecen. Jesucristo, que conocia íntimamente las disposiciones de unos y otros, daba á los primeros una favorable acogida, no solamente permitia que le siguiesen, sino que los llamaba: con ellos conversaba y comia, y él mismo se invitaba á hospedarse en su casa, como le hizo con Zaqueo. Mas no vemos en parte alguna del Evangelio que se haya portado así con los segundos; no porque no les tuviese una sincera compasión, sino porque ellos resistian tenazmente á la gracia y cerraban voluntariamente los ojos á la luz.

Y por otra parte ¿á qué fin habia venido á la tierra el Hijo de Dios? ¿Era para ser un juez inexorable contra los pecadores? El mismo declara que no: sino que habia venido para buscar y salvar lo que estaba perdido. Cuando se le hace un cargo de comer con los publicanos y con los pecadores, *no son los que están sanos*, responde, *sino los enfermos los que necesitan de médico*; y remite á sus contradictores á aquello que dijo Dios por su profeta: *Mas estimo la misericordia, que el sacrificio. Porque los pecadores son y no los justos*, es decir, los que, como los fariseos, se creen tales, *á quienes he venido yo á llamar á penitencia.* (Matth. IX, 11, 12, 13.) ¿Qué debia, pues, hacer, durante el curso de sus predicaciones, aquel que habia descendido del cielo para rescatar el mundo inundado de crímenes de toda especie? ¿No era necesario que anunciase en sus palabras y que manifestase con su conducta las grandes misericordias del Señor? Convertir á los hombres y conducirlos á su Padre ¿no era una obra digna de él? Y para convertirlos ¿no debia mostrarse fácilmente accesible, ganar su confianza y secundar por medio de sus demos-

traciones exteriores la acción secreta de la gracia sobre sus corazones? Lo que por defuera expresaba correspondia con lo que obraba interiormente; y habia ya perdonado como Dios aquel pecado que declaraba remitido como hombre. ¡Ah! ¿En dónde estuviéramos si Jesucristo no hubiese conservado en el cielo los mismos sentimientos que manifestó sobre la tierra? Los que á pesar de él quieren absolutamente perecer, que perezcan. Mas démosle gracias porque salva á los que corresponden al ardiente deseo que tiene de salvarlos.

Hemos de hermanar á imitación de Jesucristo el celo contra el pecado con la compasión hácia el pecador. Esta compasión la tendremos, si somos humildes; si conocemos nuestra debilidad y nuestra inclinación al mal; si estamos íntimamente convencidos que no hay pecado de que no seamos capaces; y que si nos vemos libres de grandes crímenes es porque Dios nos ha preservado de caer en ellos. Cuando nos hallemos bien penetrados de esta verdad, miraremos con otros ojos á los pecadores, tendremos piedad de ellos por nosotros mismos, é imploraremos á favor suyo la misericordia divina que hemos experimentado, ya sea para salir de los mismos extravíos, ya para no caer en ellos.

Tengo por uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana esta disposición de espíritu para con los pecadores, que es uno de los mas bellos afectos de la caridad y de la humildad. Ella no es comun en las almas que han llevado una vida inocente, á menos que sean interiores. Solo estas se conocen á sí mismas, saben de lo que son capaces en materia de obrar mal, y que son deudoras á Dios de todo el bien que hay en ellas. Pero las otras, que nunca han profundizado su miseria, y que atribuyen en gran parte sus virtudes á sí mismas, á su industria, á sus esfuerzos, á su fidelidad, no tienen los mismos sentimientos de compasión para con los pecadores, creyéndose muy distantes de poder parecerseles.

Mas la compasión general con los pecadores no priva del dis-

cernimiento que se ha de tener en el modo de tratarlos, y esto mira principalmente á los que están encargados de la direccion de las almas. Conducid, sostened, fortificad á los que caen únicamente por flaqueza, en quienes observais rectitud de corazon, confusion de sus faltas y un cierto deseo de enmendarse. Haced de manera que se acerquen á vosotros con confianza, que no tengan la menor pena en abriros su corazon y que se retiren siempre contentos de vosotros. No por esto debeis lisonjearlos, ni mucho menos atenuar la idea que se hayan formado de la gravedad de sus faltas; pero necesitan ser consolados y animados. En cuanto á los pecadores de malicia, no merecen los mismos tratamientos, pues abusarian de ellos. Si consultais el espíritu de Jesucristo, os enseñará á discernir en las faltas lo que es efecto de fragilidad y lo que es efecto de malignidad y las reglas de la conducta que debeis seguir con los unos y con los otros.

Y toda vez que Jesucristo hace tan gran diferencia entre pecadores y pecadores, y atiende tanto al principio de donde dimanen las faltas, sed inexorables con vosotros mismos sobre las que tienen su raíz en una mala voluntad, y no atendais tanto á si son grandes ó pequeñas en sí mismas; pues son siempre de gran trascendencia y pueden llevaros á un abismo, cuando nacen de reflexion ó de deliberado propósito. No os las perdoneis, porque son las que Jesucristo perdonó menos y que mas perjudican á vuestro progreso espiritual. Así que, una palabra poco caritativa dicha con malicia será por lo comun mas culpable que una palabra ofensiva escapada en un momento de calor ó de vivacidad; y una resistencia formal á la gracia en una pequeña cosa desagradará mas á Dios que una falta considerable en que se habrá caido sin premeditacion. Muy diferentes culpas eran el adulterio y el homicidio de David, que las dos desobediencias de Saúl. Estos pecados les fueron reprendidos al uno y al otro por dos diferentes profetas: entrambos príncipes se reconocieron culpables, y dijeron: *Pecado he contra el Señor*. Da-

vid, no obstante, halló gracia en la presencia de Dios y Saúl fué desechado sin remision. Y esto ¿por qué? Porque el corazon de uno era recto y sencillo y no lo era el del otro. El punto de los defectos y de los pecados que de ello se siguen, es otro de aquellos en que mas faltamos por carecer de rectitud y de sencillez, á causa de nuestro orgullo y de nuestro amor propio. Examinémonos muy de cerca y con la mayor rigidez acerca de este punto y roguemos á Dios que no permita se nos pase nada que ofenda, por poco que sea, su santidad infinita. Para las miserias de pura fragilidad, cuando creemos de buena fe que son tales, la humilde confesion que de ellas hacemos, el sentimiento de haber caido en ellas y el deseo sincero de evitarlas en adelante, nos obtienen fácilmente su perdon; y no por esto somos menos agradables á los ojos de Dios, á quien nada agrada tanto como un corazon contrito y humillado de sus faltas.

CAPITULO XXXI.

CONDUCTA CONTRARIA DE LOS FARISEOS.

EL humilde Jesus, el justo, el santo por excelencia, y tanto mas humilde cuanto mas justo y mas santo, conversaba gustoso con los pecadores; y estaba muy distante de imaginar que ni su santidad ni su reputacion pudiesen sufrir por un comercio que no tenia otro objeto que su conversion. Los mayores santos, aquellos sobre todo que se consagraron al ministerio apostólico, se propusieron como un deber y una gloria el imitarle en esta parte. Tuvieron contradicciones durante su vida; mas antes que ellos las habia tenido Jesucristo. Los soberbios fariseos, que se vendian por justos porque observaban escrupulosamente lo literal de la ley, al paso que desconocian y violaban su espíritu, vivian separados del pueblo, como su nombre mismo lo

significa, para no contaminarse, y para conservar su pretendida justicia en toda su pureza é integridad. Eran del número de aquellos de que habla Isaías, los cuales dicen á otros: *Apártate de mí, no me toques, porque tú eres inmundo.* (Isaías, LXV, 5.) Hablaban con el mas alto menosprecio de los que seguian á Jesucristo, tratándoles de populacho ignorante en la ley y maldito. (Joan, VII, 49.) Decian al ciego de nacimiento que daba testimonio del Salvador: *Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, ¿y tú nos das lecciones?* (Joan, IX, 34.) ¿Es acaso de extrañar, que hombres tan orgullosos y tan hipócritas no pudiesen perdonar á Jesucristo una conducta que condenaba tan declaradamente la suya, que le inculpasen como un crimen el comer con los publicanos y pecadores, que tomasen de ello un pretexto para negarle la calidad de profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan á menudo convencido que él leia en sus mas ocultos pensamientos? *Si este hombre fuera profeta, decía uno de ellos, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando ó que es una mujer de mala vida.* (Lúc., VII, 39.) Jesus sabia que ella lo habia sido y que en su corazon ya no lo era. Y bien lo manifestó en su respuesta á lo que pasaba en el corazon de Simon el fariseo. El conocimiento que tenian de la indulgencia de Jesus para con los pecadores les movió á presentarle la mujer sorprendida en adulterio, esperando ponerle en contradiccion con la ley, que decretaba la pena de muerte contra este crimen. Mas Jesus, que conocia su malicia, les confundió, remitiéndoles á su propia conciencia. *El que de vosotros se halle sin pecado, les dijo, tire contra ella el primero la piedra.* (Joan, VIII, 7.) Y cuando se hubieron retirado perdonó á aquella mujer, cuya humildad y arrepentimiento veia, recomendándole no pecar mas en lo sucesivo.

Solo á un Hombre Dios correspondia el perdonar de este modo los pecados. El habia probado por medio de milagros obrados á este intento que tenia este poder, del cual no usaba sino despues de haber puesto él mismo en los corazones las disposicio-

nes necesarias. De otra parte, digno era de Dios el hacer esta gracia á aquellas almas que se arrepentian, movidas por el dolor de haberle ofendido; y nada mas conforme á su bondad que aquella sentencia del Salvador, hablando de la pública pecadora: *Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.* (Lúc., VII, 47.) Los fariseos no podian negar ninguna de estas verdades, ni ninguno de estos hechos. ¿Qué les ofendia, pues, en la conducta de Jesucristo? Su bondad misma. Y ¿qué heria en ellos aquella bondad? Su duro é inflexible orgullo, su severidad afectada por un principio de vanagloria y de interes. No aspiraban sino á la reputacion y á las ventajas humanas de la santidad; eran verdaderos sepulcros blanqueados, llenos de huesos y de corrupcion.

Mas el espíritu de los fariseos no murió con ellos, introdujose en el cristianismo; y sin hablar aquí de los herejes antiguos y modernos que se separaron de la Iglesia por orgullo, y que para acreditar sus errores se erigieron en reformadores de los abusos, creo poder adelantarme en asegurar que entre los mismos católicos y entre las personas mas declaradamente dedicadas á la piedad, todo aquel que se gobierna por su propio espíritu en el servicio de Dios y en el juicio que forma de las cosas de Dios, está mas ó menos infectado de la levadura farisáica. En una palabra, el propio espíritu, hijo del orgullo, es lo mismo que el espíritu farisáico. Sé muy bien que hay una falsa dulzura, una falsa indulgencia, una falsa compasion para con los pecadores; mas de ordinario no es el orgullo el que lo produce, es, por el contrario, cierta blandura de carácter, una bondad del alma mal entendida y llevada á cierto extremo; es porque somos demasiado indulgentes con nosotros mismos, y por nuestra propension en presumir de la divina misericordia. Pero al condenar semejante exceso no es menester caer en otro y autorizarlo. Si este segundo exceso, que en el hecho no tiende menos á la relajacion que el primero, y á una relajacion todavía mayor, no fuese incomparablemente mas peligroso, no se hubiera Jesucristo alza-

do contra él con tanta fuerza, aunque previó que él sería su víctima.

No es fácil guardar un término medio en esta parte, á menos de conducirse con respecto á sí y á los demas por el espíritu de Jesucristo, y á menos de ser hombre interior. Como hay diferencia en los caractéres, si no se procede con mucho cuidado hay peligro de que cada cual tome la moral cristiana segun su carácter. Esta moral tiene un lado que parece autorizar la severidad y tiene otro que parece favorecer la indulgencia; y es una verdad, que la discrecion y la prudencia cristianas consisten en conciliar estos dos contrarios, sin dar demasiado al uno en perjuicio del otro. Mas ¡cuán rara es esta direccion, tanto para sí como para otro! Es un puro don de Dios, que no creo conceda á otras almas que á las interiores.

Si el solo carácter hiciese inclinar á un lado ó á otro, y teniendo de otra parte miras puras y rectitud de intencion, el mal no aumentaria mucho y seria remediabile. Santos ha habido un poco severos en demasía consigo mismos y con los demas, y otros han existido que han sido tal vez demasiado indulgentes, pero mas con los otros que consigo mismos. A ello les llevaba su carácter; y puede muy bien decirse que en esto ni unos ni otros siguieron con bastante exactitud el espíritu de Dios. Mas por ello no sufrió gran detrimento ni su santidad ni la de los demas. Lo contrario sucede empero cuando al carácter se mezcla el espíritu propio. Entonces el orgullo ó el amor propio sugiere falsos principios de moral y un plan de conducta que se sigue tanto para sí como para los demas: condénase á cualquiera que se separa de las reglas que uno mismo se ha establecido; entonces viene la terquedad, la obstinacion; no se quiere ver la verdad; pónense de su parte la envidia, los celos, las pasiones mas bajas; de la crítica, de los juicios temerarios se pasa á la maledicencia, á la calumnia, á los mas odiosos excesos. Si á esto se juntan miras profanas y criminales, sea de ambicion, sea de interes, sea de crédito y de vana reputacion, todo se cree lícito para llegar y

para mantenerse en aquel estado; y todo lo que se dice, todo lo que se hace para elevarse ó para deprimir á nuestros rivales en direccion, no se descuida de cubrirlo con el velo de la hipocresía, al paso que se pretende trabajar solamente por la causa de Dios. Así es que Jesucristo fué tratado de seductor por los fariseos, los cuales se vanagloriaron de su muerte como de un servicio hecho á Dios: y así es tambien que se han visto obreros evangélicos y misioneros, que despues de haberlo dejado todo para consagrarse á la salud de las almas en regiones distantes, levantaban la voz unos contra otros, se injuriaban con calumnias, se delataban ante los tribunales, sin pararse en el enorme escándalo que con esto ocasionaban.

Cuando no hubiese otra razon para abandonarse á la vida interior que la de librarse de tantos escollos en que hacen precipitar el carácter, el espíritu propio y las pasiones animadas por el orgullo en la senda de la salud y en las funciones del celo, ¿qué mas se necesitaria para tomar el generoso partido de entregarse enteramente á la gracia? No se puede llegar á ser interior sin renunciarse; y cuanto mas se adelanta en esta renuncia de sí propio, tanto mas se progresa en la carrera espiritual; y como el carácter no tiene dominio, ó lo va perdiendo cada dia sobre el que se dedica á renunciar á sí, llega por fin el caso de no ser severo ni indulgente en demasía ya consigo ya con los otros. Renunciándonos, destruiremos en nosotros el espíritu propio y no le daremos oidos cuando tratemos de formar planes de santidad y métodos de direccion; sino que todo nuestro plan, todo nuestro método se reducirá á escuchar y seguir humildemente al Espíritu Santo, así para nuestra propia conducta como para la ajena, no atascarnos á nuestro propio sentir, tomar consejo de la necesidad, observar nuestras propias faltas y corregirlas. Renunciarse, es sacrificar todas las miras humanas, es quitar á las pasiones todos los objetos que las irritan, es atacar el orgullo en su raíz; y aquel que ha hecho tales sacrificios, el que ha emprendido esta guerra contra sí mismo, el que pone cuidado en

mortificarse y humillarse en todo, no es susceptible de envidiar la santidad ni los prósperos resultados de otro. Con tal que Dios sea glorificado, de cualquier modo que lo sea, ya está contento; y si los medios de procurar su gloria estuviesen á su eleccion, preferiria los mas oscuros, los que mas se ocultan á las miradas de los hombres, aquellos de quienes le resultaria mayor humillacion. Un hombre tal nada de comun tendrá con el espíritu farisáico; y cuanto mas interior sea, mas se irá siempre apartando de él.

CAPITULO XXXII.

LLANTO DE JESUCRISTO SOBRE JERUSALEN.

LA sensibilidad y la compasion de Jesucristo para con los pecadores no se limitaba á los que daban muestras de arrepentimiento de sus culpas, sino que se extendia á los que eran sus enemigos personales y cuyo odio contra él iba cada dia en aumento, sin esperanza de corregirse. Jerusalem debia condenarlo á muerte. No solo los jefes de la nacion sino el pueblo debia pedir á grandes gritos que fuese crucificado, y que su sangre cayese sobre ellos y sus hijos. Acercábase el momento de este horrible deicidio; y Jesus que preveia este crimen y sus consecuencias, tenia por ello traspasada el alma de dolor. Fijandola vista sobre esta ciudad desgraciada, derramó lágrimas, y exclamó: *¡Ah! si conocieses tú, por lo menos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. Vendrán unos dias sobre tí en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán, y te estrecharán por todas partes: y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí y no te dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.* (Lúc., XIX, 41, 44.) ¡Quién

podrá explicar con qué sentimiento de ternura pronunció el Salvador esta triste prediccion! Lloró sobre los males temporales que tendrian que sufrir los judíos de parte de los romanos y que se habian ellos mismos atraido por su ciega rabia y obstinacion; lloró sobre su dispersion y sobre el estado deplorable á que debian quedar reducidos en todas las naciones y que dura todavía despues de tantos siglos. Lloró mas aún sobre los males espirituales que habian de ser el fruto de su impenitencia y de su endurecimiento, sobre la pérdida eterna de tantas almas para quienes iba á derramar su sangre. Y ¿á qué causa atribuye tantas y tan grandes desgracias? A que en el tiempo señalado por Dios no habia conocido lo que debia darle la paz, ni el momento en que la visitaba Dios en su misericordia. Este momento habia durado todo el tiempo de su vida pública. ¡Qué no habia dicho y obrado para abrirle los ojos, para moverlos, para forzarlos, por decirlo así, á reconocerle en calidad de Mesías! Las gracias interiores habian correspondido á las señales exteriores; y todo esto habia quedado sin efecto. *¿Cuántas veces, dice en otra parte, quise recoger á tus hijos como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas? Y tú no lo has querido.* (Math., XXIII, 37.)

Lo que sentia Jesucristo con respecto á Jerusalem lo ha experimentado tambien con motivo de todos y cada uno de los pecadores sin excepcion, que debian ofenderle y resistir á sus gracias en toda la sucesion de los siglos. No le eran menos caras sus almas que las de los judíos; y si por muchos de ellos no tuvo los mismos males temporales que deplorar, no era menos sensible á su perdicion eterna. Concibamos, si podemos, en qué abismo inmenso de amargura y de dolor estuvo de continuo sumergido su corazon.

Las almas que aman sinceramente á Jesucristo participan aquí con él de sus penas interiores, y experimentan á proporcion los mismos sentimientos de conmiseracion sobre tantos pecadores endurecidos como se precipitan todos los dias en el infierno. ¡Cuántas súplicas hacen! ¡A qué penitencias no se con-